

EL ÚLTIMO ROMÁNTICO

El pensamiento de Mario Góngora

Hugo E. Herrera

CRÍTICA

GÓNGORA EXISTENCIALISTA

*Todas las ideas, todos los planes, todas las teorías han caído
y quiero solamente entregarme al viento que pasa.*

Mario Góngora, *Diario*, p. 551.

Los jóvenes conservadores

Armando Roa recuerda “una discusión con Mario Góngora a la salida de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, que duró desde las diez de la noche a las cinco de la mañana”. Lo que discutían, mientras caminaban por la Alameda, entre Nataniel y Brasil, “era si acaso podía haber historia del acontecimiento contemporáneo, o sea, si el historiador es capaz de visualizar, en cuanto historiador, la contemporaneidad de algo o no”. Añade Roa que este tipo de discusiones y su llamativa modalidad no eran inusuales.²⁷

Hubo un tiempo en el que por las calles de Santiago caminaban jóvenes intentando, decididamente, llevar a las cabezas y a la palabra todo cuanto ocurría en su entorno: la historia, la política y el paisaje, el amor, el terror, la soledad, la muerte, la misma existencia. Esos jóvenes siguieron múltiples caminos vocacionales y derroteros ideológicos. Una sección importante de ellos surgió en la vida cultural y política dentro del ámbito del catolicismo social, alrededor de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de la Juventud Conservadora y su órgano de prensa, y del periódico *Lircay*. Mario Góngora fue uno de los jóvenes dentro de esa sección.

Góngora perteneció a la ANEC, fue vicepresidente de la Juventud Conservadora y además director de *Lircay*.²⁸ Refiriéndose al contexto social-cristiano, aunque yendo también más allá, escribe:

27. Entrevista de Patricia Arancibia y Álvaro Góngora, en Arancibia 1995, p. 34.

28. Para más información, véase González Cañete 2018, pp. 60-69 y 220-224; Teresa Pereira 1988, pp. 61-80.

Los focos de la renovación juvenil católica fueron la Acción Católica Universitaria, dirigida por Óscar Larson, y la revista *Estudios*, dirigida por Jaime Eyzaguirre [el historiador]. Entre los grupos católicos juveniles hacia 1930-1945, podemos citar, en el campo intelectual, a Clarence Finlayson [precoz filósofo, elogiado por Maritain, trágicamente fallecido, anecista], Armando Roa [psiquiatra y ensayista, anecista], Rafael Gandolfo [sacerdote y filósofo], Jaime Eyzaguirre y (cercano a ellos, aunque no coetáneo) Osvaldo Lira [sacerdote y filósofo]; al escritor Roque Esteban Scarpa; a los políticos Manuel Garretón, Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Jorge Prat y Jaime Castillo. La figura religiosa más alta floreciente en esos años fue Juan Salas Infante. En otros campos, los poetas Eduardo Anguita, Braulio Arenas y el grupo Mandrágora, el pintor Roberto Matta, el escritor Miguel Serrano, Félix Schwartzmann [filósofo], Jorge Millas [filósofo], Luis Oyarzún [filósofo]; el político Raúl Ampuero. Entre los jóvenes investigadores de entonces, Joaquín Luco (Biología) y Néstor Meza (Historia). En otras áreas, la figura del arquitecto Juan Borchers, el poeta Godofredo Iommi, los arquitectos Alberto Cruz Covarrubias e Isidro Suárez. Los grandes profesores y promotores de la universidad Eduardo Cruz-Coke y Juan Gómez Millas nacieron hacia 1900, pero florecen en ella, hasta 1945 el primero, y hasta 1980 el segundo.²⁹

Cito la extensa lista, pues alcanza a dar una impresión de la diversidad de direcciones vitales e ideológicas y de la relevancia cultural del grupo. Los contornos de la generación son aún más amplios. Además, deben ser considerados de manera flexible. Los autores tienen opiniones disímiles sobre los integrantes o con respecto a los miembros más destacados de ella. A su vez, así como se deja identificar en su interior la sección socialcristiana, se comprenden ahí también otras partes, más o menos discernibles y, en este sentido, es adecuado hablar de “grupos de jóvenes” o de “núcleos intelectuales de estos diferentes grupos”, como hace Góngora.³⁰

29. Para más información, véase Góngora 1994, p. 235, nota 135; y Jocelyn-Holt, 2012, pp. 22-23.

30. Góngora 1987a, pp. 14-15. Junto a los socialcristianos de la ANEC y la “Juventud Conservadora”, Góngora menciona como otros grupos en el ambiente a “los jóvenes izquierdistas”, a “los artistas de ese período”, “al Movimiento Nacional Socialista de Jorge González von Marées”, “al Partido Comunista, formado en 1921 y que comenzó a actuar en la plena legalidad después de 1931”; para más información, véase Góngora 1987a, p. 15. Entre los grupos en el ámbito literario, cabe mencionar la aludida “Mandrágora” (por la revista homónima), integrada por los escritores Braulio Arenas, Enrique Gómez Correa, Teófilo Cid y Jorge Cáceres (véase Anguita 2002); “los inútiles”, en Rancagua, en torno a Óscar Castro, y que incluyen a Nicomedes Guzmán y Gonzalo Drago como sus otras figuras principales (véase Rojas, en Piña 1990, p. 100). Gonzalo Rojas, como Góngora, menciona a “Jaime Eyzaguirre [...] con su revista *Estudios*” (Rojas, en Piña 1990, p. 100). El conjunto en torno a *Estudios* tiende a coincidir con el grupo socialcristiano, allí donde las edades también coinciden. Además, incluye a individuos de un rango de edades que va más allá de la generación.

Caracteriza, en el parecer de Góngora, a los miembros del colectivo con el que se siente más próximo,³¹ una posición cultural propia y, especialmente, un situamiento consciente en la época histórica: “Lo que hicieron estos

Entre los miembros de la generación, escriben en la revista: Roa, Finlayson, Góngora, Scarpa, Gandolfo y Manuel Atria. Gonzalo Rojas nombra a “Eduardo Anguita, con su ángel propio y un grupo que era él mismo: David” (Rojas, en Piña 1990, pp. 100-101). Anguita alude también a su “‘Movimiento ‘David’, que”, dice, “alrededor del año 38, y sin contacto alguno con los poetas surrealistas chilenos, concebí y formulé hasta el último detalle” (Anguita 2002, p. 43). Además, Anguita se refiere a un colectivo en torno a Héctor Barreto: “Con Barreto se agruparon un puñado de escritores jóvenes, entre los que destacaron Atías, Miguel Serrano, Julio Molina y Robinson Gaete. Les escuché denominarse ‘los gigantes de la montaña’, y este epígrafe que ponían sobre su literatura y su destino provenía de una red de mitos que ellos buscaban y creaban en el ámbito decidido de nuestra tierra” (Anguita 2002, pp. 36 y 39). Nombres incluidos individualmente por Anguita, como parte de la generación son, además, Volodia Teitelboim (escribe Anguita: “Si no menciono a Volodia es porque en aquellos años no había escrito sus novelas”; Anguita 2002, p. 39), Jaime Rayo (“ese joven poeta que no soportó ‘la ineficacia de nuestra palabra poética’”; Anguita 2002, p. 44), Fernando Onfray, poeta (Anguita 2002, p. 47), y Omar Cáceres (“un poeta enigmático, solitario y metafísico, también tentado, como Miguel Serrano, por lo esotérico, que dejó una sola obra”; Anguita 2002, p. 41). Patricia Arancibia agrega, además de a Góngora y Eyzaguirre, y ampliando el círculo allende la literatura, a “Julio Philippi, Jorge Prat y Armando Roa; Eduardo Frei, Bernardo Leighton, Manuel Garretón, Ignacio Palma y Radomiro Tomic; Manuel Atria, Clarence Finlayson, Rafael Gandolfo, Félix Schwartzman y Jorge Millas; Eduardo Anguita, Braulio Arenas y Roque Esteban Scarpa; Gustavo Fernández del Río, Juan Borchers y Alberto Cruz; Manuel Arellano, Jorge Marshall, Víctor Delpiano, Tomás Allende” (Arancibia 1995, pp. 28-29). Armando Roa incluye, entre los “mayores representantes” de la generación, a “Rafael Gandolfo [...], Gustavo Fernández del Río, Clarence Finlayson, Mario Góngora, Jaime Eyzaguirre, Julio Philippi, Juan de Dios Vial Larraín, Eduardo Anguita, Félix Schwartzmann” (Roa 1985, p. 9). Además de la cronología, Roa repara en la importancia de la actitud mental de los individuos considerados. Indica que, “mientras un Jorge Millas, intelectual de calidad, paralelo en edad a algunos de los citados, pertenece en cierta medida a la manera de pensar anterior, y es como la culminación de las ideas de la generación de 1920”, los otros mencionados “empiezan un modo diverso de mirar la realidad” (Roa 1985, p. 9). Esta observación marca un punto que vuelve compleja la ordenación. Además, distintos estudiosos o miembros de la generación enfatizan áreas diversas y grupos y nombres diferentes, incluyendo y excluyendo, en consecuencia, a determinados miembros, sea de un grupo, sea de la generación completa. Más aún, la noción misma de grupo es variable y puede aludir, en la consideración de estudiosos y miembros de la generación, tanto a un conjunto de individuos ligados a un área de actividad (como hace, por ejemplo, Armando Roa, quien incluye casi solo a estudiosos de la historia, la filosofía y la política); cuanto a un conjunto de individuos que, ahora dentro de un área de actividad, se distinguen como colectivo. Así, por ejemplo, el grupo “Mandrágora”, que opera al interior del campo de la literatura.

31. Góngora problematiza su pertenencia a una “generación”. Para más información, véase Renato Carmona 2017, pp. 176-178; Hernán Godoy 1970, pp. 99 y 188; Juan Carlos Vergara 2018, pp. 118-119.

grupos (o, en todo caso, pretendían estar haciendo) fue romper definitivamente con la mentalidad del Chile del siglo XIX [...] Estos jóvenes —y yo mismo me incluyo entre ellos— pudieron establecer contactos seguros y directos con corrientes de pensamiento europeo de principios del siglo XX”.³²

En Góngora se cumple, desde temprano, esa familiaridad con aquellas tradiciones, con obras en lengua, además de castellana, inglesa, francesa y alemana. Entra de lleno al pensamiento central europeo, histórico, literario, religioso y filosófico. Y este afecta profundamente su comprensión del mundo y de su vida.

En la existencia de Góngora se instala, en esos mismos años, una dualidad que es percibida por él como tensión. En términos amplios, es la que consta entre la dimensión interior y la exterior. Por una parte, está la individualidad casi eremítica de Góngora, de vivencias intelectuales, estéticas, amorosas y religiosas. Por otra, su lado más volcado hacia afuera: estudiantil, en la carrera de Derecho y, especialmente, político, en el entorno socialcristiano. Si la interioridad del joven Góngora acusa una sensibilidad llamativamente intensa, inspirada e ilustrada, los hechos mundanos tienden a ser más prosaicos. Derecho, aunque a veces le provoca cierta molestia y tedio, lo sigue sin inconvenientes. Tomadas en sí mismas, sus actividades con los jóvenes conservadores carecen de vicisitudes, salvo las satisfacciones y preocupaciones más usuales de quien participa en una agrupación estudiantil. Su vida social allende el campo político es escasa y luce tranquila. Es, sin embargo, entre esa dimensión exterior y su interioridad, que consta la tensión.

La dualidad también admite ser planteada en los términos de la teoría y de la acción, en donde el interior se liga a la teoría y la exterioridad a la acción. O en los de campos futuros de realización: lo que Góngora visualiza como una vida académica en la universidad, dedicada al estudio y a la reflexión humanística en un ambiente de ocio y retiro; y una existencia de talante partidista.

La línea entre los polos de la tensión no es siempre claramente trazable y ella no coincide completamente en los tres sentidos mencionados. El socialcristianismo, por ejemplo, ofrece expresión política a Góngora, pero también a inquietudes suyas de carácter intelectual, existencial y religioso.

32. Góngora 1987a, pp. 14-15; para más información, véase Robertson 2017, pp. 202-203. Continúa Góngora: “Los católicos —incluyéndome yo mismo— estuvieron en contacto con el ‘renacimiento católico’ francés, representados por Leon Bloy, Charles Péguy, Jacques Maritain y otros como ellos. Los jóvenes izquierdistas de la época conocieron al marxismo (stalinista o trotskysta) y también a Freud. Y los artistas de ese período, gracias principalmente a la huella que abrió Vicente Huidobro, tenían contacto con las escuelas francesas”. Para más información sobre este punto, véase Góngora 1987a, p. 15.

Asimismo, los estudios y las reflexiones teóricas pueden volcarse, y en efecto ocurre con el propio Góngora, hacia la política. Con todo, la polaridad vale en la medida en que, si se la considera como una con direcciones, extremos y posiciones intermedias, y con las precisiones que sea del caso hacer, ella es una base explicativa relevante del drama vital de Góngora durante sus años de estudiante y los inmediatamente posteriores. Él se esfuerza por armonizar la tensión que existe entre ambos polos. Sin embargo, esta le resultará cada vez más difícil de manejar.

Del esfuerzo de mediación de Góngora testimonia con elocuencia, según veremos, su *Diario*. También es observable en los textos publicados en aquella época juvenil. Góngora se ocupa de comprender, por ejemplo, al genio rabiosamente práctico del ministro Diego Portales, a la vez que a la mente contemplativa del filósofo Blaise Pascal; o de pensar y formular la idea, que es ambas, política y especulativa, de un “orden nuevo”.³³

Góngora siente un llamado a la acción política.³⁴ Sin embargo, a medida que avanza en sus estudios, la fuerza de aquel llamado tiende a atenuarse e incluso a desaparecer. El esfuerzo mediador va, asimismo, perdiendo sentido para él. La tensión entre los dos mundos alcanzará su punto decisivo hacia finales de 1937. Góngora se sume en una crisis de la que saldrá recién años más tarde, luego de una redefinición fundamental de la incidencia que tendrán, en su vida, la política y la contemplación; también el socialcristianismo y la universidad.

El joven Góngora y su generación

La infancia del joven socialcristiano no había sido fácil. La situación en la que vivió no fue ruinosa y recibió una educación esmerada, pero debió ser criado en un hogar sostenido por su madre, Eugenia del Campo, en una época difícil para el trabajo femenino. Su nuera la describe como una “mujer de empuje, con mucha capacidad de relación y gran entereza [...] culta que permanentemente estaba leyendo obras de calidad que solicitaba en la Biblioteca Nacional, de donde era una asidua visitante.”³⁵ Ella tuvo que asumir enteramente la crianza de sus hijos, luego de la desaparición de su marido en Buenos Aires. Augusto Góngora, el esposo y padre, se pierde en las brumas de la ciudad trasandina cuando el niño apenas tiene cuatro años. La experiencia ha de haber marcado al hijo. Consta que trató de encontrar-

33. Para más información, véase Góngora 1937b; 1936a; 1937c.

34. Para más información, véase Góngora 2013, p. 439.

35. Entrevista de Patricia Arancibia a María Helena Díaz, en Arancibia 1995, pp. 15-16 y 24.

lo: “El último esfuerzo lo hizo en 1973, coincidiendo con el año de fallecimiento de su madre”.³⁶

Góngora guarda un silencio pertinaz con respecto a su etapa de niño y adolescente.³⁷ Probablemente ahí radica el origen de algunos rasgos de su personalidad. Patricia Arancibia escribe: “Su gran sensibilidad, su retraimiento, su soledad y ese permanente y continuo cuestionamiento de sí mismo y de lo que lo rodeaba, que van a caracterizarlo, no pueden aislarse de estas circunstancias”.³⁸ Fue un niño solitario y ensimismado, a la vez que estudiante sobresaliente y gran lector.³⁹ También de esa época temprana se sabe que iba de vacaciones con su familia a Constitución y a San Sebastián, y, entonces, de su vida en la naturaleza y en cercanía con el mar.

Si la infancia y la adolescencia quedan envueltas en el silencio, de la juventud, en cambio, Góngora puede hablar con —comparativa— soltura. Dice en retrospectiva: “Creo que el período decisivo de mi biografía intelectual fue realmente el lapso entre 1931 y 1945 —el final de la adolescencia—, los años de juventud para aquellos que nacimos entre 1914 y 1919”.⁴⁰ El tiempo del término de la escuela, el de la universidad y el que le sigue inmediatamente conforman, en su conjunto, una época de esplendor, donde el florecimiento espiritual del individuo coincide, además, con un despertar cultural nacional.

La generación del 38, a la que Góngora alude cuando se refiere a los nacidos entre 1914 y 1919, y los “grupos de jóvenes” en los cuales se incluye, son un corro descollante. Acusan, como indica Góngora, fuerte influencia de autores europeos modernos y especialmente contemporáneos, a los que conocen muchas veces en las fuentes.⁴¹ No tratan simplemente de conocerlos. El impulso generacional tiene mayores alcances que los del estudio escolástico o la emulación.

Los jóvenes del 38 se entienden depositarios de una herencia cultural irredenta. Late la idea de que algo nuevo emergerá desde esta esquina del mundo y que son ellos los llamados a contribuir al parto. Aparece con fuerza la concepción de una especificidad espiritual hispanoamericana, la cual requiere de un desenvolvimiento que se halla pendiente. La consciencia de esa especificidad se retrata, en el caso de Góngora, en su interés y en sus estudios sobre la Colonia, pero también, por ejemplo, sobre el pensamiento

36. Arancibia 1995, p. 15.

37. Arancibia 1995, pp. 17, 24 y 25. Patricia Arancibia relata que, preguntado por una estudiante de periodismo sobre su época escolar, Góngora respondió “nada interesante”.

38. Arancibia 1995, p. 18.

39. Para más información, véase Arancibia 1995, pp. 20-23.

40. Góngora 1987a, p. 14.

41. Góngora 1987a, pp. 14-15.

del padre Lacunza.⁴² Dice Armando Roa con respecto a la mentalidad operante: “Nosotros íbamos a ser los que descubriríamos esa cultura en germen que iba a marcar la historia futura del continente”.⁴³

El grupo posee la intensa convicción de su significado creador, “como si se hiciera de repente lúcido que el país entraba en una nueva era, en una especie de mayoría de edad, en una consciencia de sí, en una actitud histórica fundacional que había de captarse con otros conceptos, sensibilidades, imaginaciones”.⁴⁴ Ante la peculiaridad nacional e hispanoamericana, era necesario producir maneras propias de articulación cultural, arquitectónica, filosófica y poética.⁴⁵ La generación, escribe Miguel Serrano, “debió construir los cimientos y la roca misma de su existencia. Todo un sistema de números y valores, una ciencia, un arte, una filosofía y hasta una religión. Se hacía necesario redescubrir, no ya las raíces de la propia vida, sino las del mundo y, principalmente, las de la patria, de la tierra que nutre las raíces”.⁴⁶ Eduardo Anguita alude así a los rendimientos del grupo: “Nuestra porción sensitiva fue la proveedora de nuestro conocimiento. Pero no olvidamos nunca la necesidad de pensar los contactos”.⁴⁷ La compenetración con los elementos y la situación concreta es la fuente, a la que se une el esfuerzo de articulación y expresión, que perfila una concepción original. “Tal vez tuvimos el ‘defecto’ de querer llevarlo todo a fórmulas. En la ciencia, en la poesía, en la pintura, hemos sido cuestionadores. A las viejas fórmulas oponíamos las nuestras”, continúa Anguita.⁴⁸ Se trataba de brindar cauce y manifestación adecuada a aquello que se percibía como algo nuevo y único. El mismo Anguita repara en la diversidad de caminos expresivos adoptados por la generación.⁴⁹

La idea de discontinuidad fue también definitoria del grupo. Góngora afirma una “total ruptura con la generación anterior y, por tanto, con la herencia decimonónica”.⁵⁰ Anguita señala el carácter cuestionador de los jóvenes del 38 sobre “las viejas fórmulas” que habían sostenido las generaciones previas. “Si hubiera que buscar el rasgo característico de mi gene-

42. Góngora, “Prólogo” a Lacunza 1969.

43. Arancibia 1995, p. 33.

44. Roa 1985, pp. 9-10.

45. Puede mencionarse aquí la concepción arquitectónica de Alberto Cruz, quien, junto a Godofredo Iommi, impregna la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso. Eyzaguirre vendrá a levantar, de su lado, en el ambiente de su generación, el hispanismo. Para más información, véase Eyzaguirre 1979, pp. 11-28.

46. Serrano 1974, p. 32.

47. Anguita 1983.

48. Anguita 1983.

49. Para más información, véase Anguita 2002, pp. 36-39.

50. Góngora 1987a, p. 191.

ración en Chile”, escribe Serrano, “habrá que decir que es una generación desvinculada e invertebrada, sin lazo de unión con las generaciones anteriores [...] Edades, épocas geológicas nos separaban”.⁵¹

La radicalidad de la separación depende de relaciones fundamentalmente distintas con lo europeo y lo nacional. También de énfasis interpretativos divergentes, que dan prevalencia respectivamente a la razón y a la intuición. Asimismo, de inclinaciones diferentes, ora hacia la adecuación a patrones ya definidos, que después son aplicados sobre la situación, ora hacia la invención, la producción original, articulada a partir de la interioridad vivencial de la situación.

Mientras las generaciones previas miran eminentemente a Europa, en una época en la cual los valores universales del humanismo y la razón, así como la confianza en la ciencia y la técnica son dominantes allá, la generación del 38 reivindica lo local o nativo. Si las generaciones anteriores, en consonancia con su veta europeizante, poseen un cariz racionalista y doctrinario, la generación del 38 rehabilita el significado de lo particular e intuitivo, lo directamente vivenciable. Y mientras las generaciones previas tienden hacia la adopción de parámetros ya definidos y a su ejecución más o menos adaptada a la situación real, la generación del 38 pone de relieve el significado de una comprensión autónoma y original. Así, se pretende que la iluminación y la acción sean auténticas, en el sentido de emergidas desde la propia experiencia y, de este modo, efectivamente transformadoras, en vez de una imitación a la que se entiende superficial e incapaz de conmover la existencia personal y nacional. O, como dirá más tarde Góngora, “Hispanoamérica tiende a tomar los resultados más recientes de la ciencia y la investigación europeas, pero *no* toma la dialéctica interna de la cual proceden esos resultados”.⁵² Los grupos del 38 buscan dar con esa dialéctica interna y, más aún, producir resultados según un pensamiento vernáculo.

“Las generaciones anteriores”, sintetiza Serrano:

Han sido formadas por la espuma filosófica del siglo XIX, que introdujo su estilo racionalista en el Liceo. Esta espuma le dio carácter a una generación vacua y superficial, sin fuerza, sin raíz [...] Crecieron del aire [...] eran muertos que imitaban una cultura ajena, que ni siquiera penetraban en sus esencias, parodiándola en su superficie. La letanía de la ciencia y del humanismo racional nos la entregaban con suplicios refinados, deformando un alma virgen y salvaje como los cerros y los mares de que procedía.⁵³

51. Serrano 1974, p. 32.

52. Góngora 1987a, p. 25.

53. Serrano 1974, pp. 32-33.

Conversando con Simon Collier, Góngora especifica la separación con el siglo anterior. No obstante que se trataba efectivamente de “romper definitivamente con la mentalidad del Chile del siglo XIX”, esa ruptura vincula a los jóvenes del 38 con otra generación rupturista. Los del 38, dice Góngora, “a su manera, continuaron con la ‘autocrítica’ de Chile, comenzada en los años alrededor de 1900 por tantas figuras del pensamiento y del arte”.⁵⁴

Entre la generación de Góngora y los autores decimonónicos se encuentra la llamada generación del Centenario, a la que está aludiendo él con su indicación. Es otro grupo sobresaliente en la vida cultural chilena: la primera generación cultural y política —comparativamente— a gran escala, consciente de ella misma y provista también de familiaridad, en parte importante de sus cabezas, con el más alto pensamiento. Hernán Godoy (remitiéndose a la opinión de Luis Oyarzún) contrasta a esa generación con “los ensayistas chilenos del siglo XIX”, entre los cuales “predominó la exposición doctrinaria de ideas políticas y filosóficas con escasa referencia a la realidad inmediata” y “una acentuada insensibilidad para captar lo singular y concreto”.⁵⁵ “Por el contrario”, añade Godoy, la generación del Centenario destaca por la “mayor consideración de los datos de la realidad”.⁵⁶ Si en las obras de decimonónicos como José Victorino Lastarria o Francisco Bilbao se contienen “formulaciones teóricas inspiradas en el pensamiento europeo cuyos principios se ‘aplican’ a la interpretación de la sociedad chilena”, los autores de comienzos del siglo XX “apuntan a cambios políticos, económicos y culturales específicos, en consonancia con los diagnósticos concretos y particulares que formulan en sus obras”.⁵⁷ Se cuentan en el grupo de 1910, entre otros, a Alberto Edwards,⁵⁸ Luis Galdames,⁵⁹ Darío Salas,⁶⁰ Francisco Antonio Encina,⁶¹ Tancredo Pinochet,⁶² Alejandro Vene-

54. Góngora 1987a, pp. 14-15; para más información, véase Robertson 2017, pp. 202-203.

55. Godoy 1974, p. 145. La oposición entre los ensayistas del XIX y el XX es también abordada por Jorge Larraín 2014, pp. 103-105, Alfredo Jocelyn-Holt 1997, p. 31, y Manuel Zamorano 1987-1988, p. 100.

56. Godoy 1974, p. 145.

57. Godoy 1974, p. 145.

58. Para más información, véase, por ejemplo, Edwards 2019; 1903; 1916, pp. 569-581; 1925, pp. 387-404 y 507-523; 1997.

59. Para más información, véase Galdames 1938.

60. Para más información, véase Salas 2011.

61. Para más información, véase Encina 1981; 1912; 1964; 1997; 2022.

62. Para más información, véase Pinochet 1909; 1944.

gas,⁶³ Nicolás Palacios,⁶⁴ Luis Ross⁶⁵ y Guillermo Subercaseaux.⁶⁶ Giran temporal y conceptualmente en torno a la llamada “crisis del Centenario”, un acontecimiento de vastos alcances y en el cual jugaron un papel significativo políticos e intelectuales de todos los sectores, entre los que destacan, por la izquierda, Luis Emilio Recabarren,⁶⁷ y por los radicales, el primero en abrir los fuegos, Enrique Mac-Iver.⁶⁸ Se mueven también alrededor del “Congreso Nacional de Enseñanza Secundaria”, de 1912, en el cual se vivió un debate entre los nacional-populares Encina, Salas y Galdames, y Enrique Molina.⁶⁹

No obstante sus diferencias,⁷⁰ a las cohortes del 10 y del 38 las une y las distingue de los decimonónicos una consciencia reflexiva, desarrollada a partir de la consideración de la situación nacional, acerca de los límites y

63. Para más información, véase Venegas 1910.

64. Para más información, véase Palacios 1918.

65. Para más información, véase Ross 1909, con prólogo de Miguel de Unamuno.

66. Para más información, véase Subercaseaux 1918.

67. Para más información, véase Recabarren 2010.

68. Para más información, véase Mac-Iver 1900.

69. Carlos Ruiz señala que “la reforma, presentada conjuntamente por Encina, Darío Salas y Luis Galdames fue aprobada por el Congreso [Nacional de Enseñanza Secundaria] por aclamación”; para más información, véase Cristi y Ruiz 2015, p. 54; sobre la propuesta de Encina, en una posición crítica, véase Serrano 2012, pp. 42-63. Esa generación se caracteriza por sostener un cuestionamiento de la sociedad y el sistema político chilenos; la rehabilitación del elemento popular, incluido el hecho del mestizaje; asumir una actitud antioligárquica, así como por afirmar la importancia de una enseñanza con énfasis nacional y técnico. Para más información, además de los textos de Godoy 1974, pp. 144-161, Subercaseaux 2010 y Larraín 2014, pp. 102-107, merecen mención Góngora 1994, pp. 85-95; Pinedo, 2011, pp. 29-40; Gazmuri 1979; Vial, 1981 y 1983; Miller 1999, p. 232 y Robertson 1978, pp. 20-28. Otro hito atribuible al grupo es la fundación del Partido Nacionalista, cuyo año de creación es oscuro, pero de cuya existencia ya hay constancia para las elecciones de 1915; véase Gazmuri 2004, p. 69.

70. Está la obvia diferencia de épocas, que en este caso no es trivial, pues media entre ambas generaciones la Primera Guerra Mundial y la Encíclica *Quadragesimo Anno*, de 1931, inspiradora de un socialcristianismo corporativista. Otra diferencia importante es un compromiso político más acentuado entre los autores del Centenario que entre los del 38. En un tiempo de ampliación de las élites, consta en los últimos una mayor especialización. Todos los autores mencionados de la generación del Centenario, excepto Venegas y Ross, desempeñaron labores en la política activa o ejercieron cargos políticos. Entre los del 38, constata Armando Roa, desde un inicio, dos direcciones: una más política, otra que se resta de la política más activa. Góngora representa un caso relevante de alguien que se encuentra tensionado entre esas dos direcciones, si bien decanta finalmente hacia la segunda; véase Roa 1985, pp. 10-11. También debe considerarse que en los jóvenes del 38 la Universidad Católica juega un papel que no tiene entre los del año 10. Estos provienen usualmente de la Universidad de Chile y varios forman parte de la masonería, de modo que su impronta es laica.

de los alcances de las construcciones racionales en la comprensión de la realidad. Puede pensarse aquí en la temprana crítica que Encina plantea en *Nuestra inferioridad económica* a un modelo científico-humanista, eminentemente racional y especulativo en la educación, que soslaya las aptitudes necesarias para la transformación y conformación de la realidad.⁷¹ En las publicaciones de Alberto Edwards, desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, hay una tematización de la heterogeneidad entre el polo concreto de la situación y sus circunstancias, y el más abstracto de las doctrinas y elaboraciones mentales.⁷² Las coincidencias entre ambos grupos se extienden también a la valoración de lo nacional, entendido en un sentido eminentemente cultural,⁷³ y a un pensamiento con énfasis en las capacidades transformadoras e industriales, especialmente en la educación y en la producción, con poder de alterar eficazmente la existencia personal y colectiva.⁷⁴

Además, las generaciones del Centenario y del 38 están unidas por el conocimiento de autores europeos que se han desligado de las corrientes más enfáticas del racionalismo y de la Ilustración, y que problematizan más distanciada y críticamente el pensamiento científico y la nueva técnica. La inclinación reflexiva hacia lo concreto del historicismo, el existencialismo

71. Se trata de articular una actividad productiva que sea adecuada a las capacidades del pueblo y a las características del territorio, mediante una escuela menos especulativa, con un mayor énfasis en las fuerzas y destrezas que resultan necesarias para modificar la realidad, de tal suerte que el elemento popular adquiera poderes activos de transformación; véase Encina 1981, pp. 11, 62-63, 80, 82, 151, 168 y ss., 243.
72. Edwards repara, por ejemplo, en que la “vida [es] mucho más real y espontánea” que las elaboraciones mentales (1903, p. 10), está provista de una hondura y de un dinamismo que la vuelven imposible de “encuadrar [...] en un plan sencillo y concebido de antemano” (1903, p. 8); dada la finitud de la mente y la infinitud de la realidad, el intento de subsumir la existencia concreta bajo fórmulas o “ideales teóricos”, le parece “una empresa superior a las fuerzas humanas y no es necesario ser profeta para augurar un mal resultado a los que la emprendan” (1903, pp. 8 y 21).
73. Bernardo Subercaseaux liga a esta generación con “un nacionalismo cultural de nuevo cuño”, que es, para él, “mesocrático y étnico, que amplía el concepto tradicional de nación”, el cual es, además, “sensible a la ‘cuestión social’, proteccionista en lo económico” (2010, p. 27). Jorge Larraín señala, de esa misma generación, que está provista “de una conciencia antiimperialista y antioligárquica” y efectúa “una nueva valorización del mestizaje” (2014, p. 103). Godoy menciona en ella una “tendencia antiimperialista y antioligárquica”, “rasgo populista, de afirmación de los valores del pueblo y de defensa de sus intereses dentro de un vago proyecto político de integración social y nacional”, “un sistema educativo que realce los valores de la nacionalidad” (1974, pp. 160-161).
74. Godoy repara en el énfasis de los autores del Centenario en la “industrialización”, y la idea de una “reforma educacional, con énfasis en el desarrollo de la enseñanza técnica” (1974, p. 161). Subercaseaux indica que el pensamiento de esos autores es “favorable al espíritu práctico, a una moral del esfuerzo y del trabajo, a una educación más ligada a la industria que a las letras” (2010, p. 27).

y la hermenéutica, así como sus cuestionamientos al racionalismo, al cientificismo y a la técnica, terminan poniendo en crisis la mentalidad anterior. Esas corrientes rehabilitan el significado de las situaciones y, más ampliamente, de la situación del ser humano en el cosmos, como una de incertidumbre y misterio, y llaman la atención sobre la correlativa pérdida de validez de las reglas generales, de los “inmortales principios”.⁷⁵ Un caso paradigmático de extendida influencia en ambas generaciones es Oswald Spengler.⁷⁶ Se trata de un autor que, en llamativa discusión con el pensamiento de impronta racionalista y el cientificismo, plantea la imposibilidad de reducir la vitalidad de lo real a reglas conceptuales y explicaciones científico-naturales: “Solo lo sin vida —y lo vital solo en tanto se prescinde de su ser vital— puede ser contado, medido, dividido. El devenir puro, la vida es, en este sentido, infinita. Se ubica allende el ámbito de la causa y el efecto, la ley y la medida”.⁷⁷ Si la “naturaleza” admite y “debe ser tratada científicamente, sobre la historia se debe poetizar”.⁷⁸ La consideración de una existencia que surge en el modo de un acontecimiento requiere una manera de comprensión creativa. Una que dé el paso hacia la emergencia de lo real. Que, captando su sentido, vuelva sobre las elaboraciones mentales previas, ajustando renovadamente su significado y produciendo, de ser necesario, una articulación mental que venga a dar cuenta de esa emergencia. La comprensión histórica ha de ser “creación” y, en este alcance, es cercana a la “poesía”.⁷⁹ Spengler reivindica el papel de la imaginación

75. No debe soslayarse, asimismo, la formación jurídica de gran parte de las mentes teóricas de ambas generaciones y la influencia que, en el ámbito jurídico, ejercía en Chile la Escuela Histórica del Derecho. Sobre la influencia de Savigny ya en Bello, véase, por ejemplo, Hanisch 1980, pp. 167-198.

76. Influye, por ejemplo, de manera relevante en Góngora (1987a, pp. 75-91) y en Edwards (1925). Góngora dice sobre Spengler: “Mi primera gran ‘experiencia’ en la filosofía de la historia —y eso ha de haber sido hacia 1935— fue la *Decadencia de Occidente* de Spengler en la traducción magnífica de García Morente. Sigo siendo un devoto de ese pensador, tan vilipendiado, tan denostado y tan *utilizado* por la mayoría de los especialistas. Mi segunda y tercera lectura del libro fueron más críticas, lo que es comprensible, pero no me hicieron admirarlo menos”. Para más información, véase Góngora 1987a, p. 19.

77. Spengler 2003, volumen 1, p. 128.

78. Spengler 2003, volumen 1, p. 129.

79. Spengler 2003, volumen 1, pp. 137 y 158.

creadora en la comprensión⁸⁰ y, además, formula una temprana crítica de la racionalidad técnica y algunos de sus efectos más relevantes.⁸¹

Vale decir, junto con la reflexión efectuada por los autores chilenos de ambas generaciones sobre el significado de lo real y los límites de las capacidades mentales a propósito de la situación nacional y la crisis, debe atenderse a la importancia del hecho de que ambas generaciones se hayan encontrado en Europa con mentes que remiten expresa y fundadamente, a partir de un acervo filosófico robusto, a la dificultad de pretender someter el dinamismo de la realidad y la historia humana y sus desenvolvimientos, a las reglas de la razón o de una determinación científica.⁸² Si en los ilustrados era difícil hallar consideraciones en las cuales el estatuto de lo real quedase suficientemente reconocido, la filosofía del cambio de siglo tiene a ese problema como su punto de arranque. Entonces, y más allá de las pretensiones de originalidad y de la originalidad efectivamente alcanzada (que la hay) por las generaciones del 10 y del 38, estudiar, en sus épocas respectivas, ideas extranjeras de vanguardia que reivindicaban ese estatuto, contribuye también a una mayor valoración de lo vernáculo.

Ascenso y caída de una vocación política

Las palabras de Góngora durante su período como joven conservador y anecista dan cuenta de una temprana lucidez sobre el carácter específico de la acción política y su ligazón con la vida espiritual e intelectual. Un texto publicado en *Lircay*, que es, asimismo, un discurso pronunciado en una concentración en 1937, admite ser considerado documento de la idea política fundamental del Góngora de entonces. Además, el texto es importante porque expone un pensamiento político que, en la medida en que está atado a esa vida espiritual, significa un esfuerzo explícito de Góngora por mediar en la tensión entre lo interior y lo exterior, o la contemplación y el activismo, que por esa época era asunto de importancia existencial para él.

80. A diferencia de la conceptualización científico-natural, que objetiva las impresiones de los sentidos por medio de determinaciones de significados fijos, en la comprensión histórica se trata de considerar una “existencia vital”. Para que la existencia vital resulte efectivamente comprendida, es menester realizar una elaboración por medio de la “fuerza de imaginación [*Einbildungskraft*]”, de una forma de actividad mental que espontáneamente produce una articulación capaz de dar expresión al dinamismo y sentido que advienen desde lo real y concreto (Spengler 2003, volumen 1, p. 10). La tarea que el mismo Spengler se impone, a la que llama su “visión” de la historia, es “expresar simbólicamente el tiempo a partir de la propia visión y comprensión” (2003, volumen 1, viii). Un símbolo, antes que una regla determinante, es una articulación que queda abierta a las futuras variaciones de sentido emergentes desde la situación.

81. Para más información, véase Spengler 1931.

82. Para más información, véase el quinto capítulo de este libro.

El texto se titula “Bases espirituales del Orden Nuevo” y abre diciendo:

Una concentración política de juventudes no puede tener solo un objetivo de propaganda exterior. Ella es, ante todo, como un ejercicio espiritual, una tensión de la totalidad de nuestro ser para renovarse interiormente, para prepararse a descender mañana a la acción y a la realidad política de este momento en la vida de Chile, en que está en peligro la unidad misma de la nación.⁸³

Es difícil reconstituir, en la época de las tecnologías y de una política mediatizada y fragmentada, estreñida en sus alcances, carente de contextos usuales de roce y participación en persona, la intensificación específica de la experiencia que cabía esperar de una concentración del tiempo de una política densa y de cuerpo presente, además de intelectualmente articulada y puesta ante un campo amplio de posibilidades abiertas: el fervor conmovido, el ambiente electrizado de la multitud, el poder rector y simbólico de la palabra, la idea formidable de un mundo que comienza, el magnetismo de los liderazgos vivenciados conjuntamente y que llegaban a marcar el alma de los involucrados.

Góngora busca aprovechar la concentración, cogerla desde su interior, para, a partir de ella, movilizar a la audiencia hacia un esfuerzo en el cual el individuo se comprometa integralmente y emerja la que llama “una actitud del hombre total”.⁸⁴ Procura producir la incorporación del oyente en la experiencia en común en su momento vibrante, en el cual tienden a caer las barreras de la vida objetivada. Para hacerlo, evoca, precisamente, la situación presente, la “concentración política de juventudes”. En ese instante crucial, cabe acceder a los concernidos de una manera más directa.

“Este ejercicio espiritual”, prosigue Góngora, “debe comenzar con una meditación sobre la verdad, sobre nuestra verdad”.⁸⁵ La política no puede ser ni verdad abstracta, ni puro o eminente activismo. Se ha de equilibrar la especulación con la operación, la reflexión con la acción.

Para que la acción política no caiga en el activismo, necesita de una guía o inspiración interior. Aquí interviene Góngora. Adoptando como punto de partida la experiencia colectiva y su significado intenso, en la cual él y la multitud se han sumido, la eleva, mediante la palabra, a *asunto* de la experiencia colectiva en la que está inmerso. Se trata de provocar, así, la toma de consciencia de los participantes del significado de la experiencia general que está ocurriendo en ese preciso instante de la concentración.⁸⁶ Esa vi-

83. Góngora 1937b.

84. Góngora 1937b.

85. Góngora 1937b.

86. El significado de la experiencia colectiva desempeña aquí dos papeles. Por una parte,